

SEGUNDO CENTENARIO DE LOS COMUNEROS



MANUEL JOSE FORERO

Los Comuneros han sido recordados siempre por la memoria del pueblo colombiano, como elemento esencial de la nación y de la patria. La justicia colectiva ha ponderado a lo largo de dos siglos sus pedimentos, su clamor y su sacrificio.

Dentro de pocos años, en 1981, se cumplirán doscientos desde el día de marzo en que el nombre de Comunero empezó a significar un deseo entrañable y una aspiración equitativa de quienes habitaban entonces el Nuevo

Reino de Granada. Los cuales se dividían en españoles nacidos en Europa, en españoles nacidos en América, en mestizos y en indios. Es decir, cuatro grupos de gentes cuyo contenido moral, espiritual y étnico los diferenciaba recíprocamente. Pero todos en su conjunto eran la población de la futura Colombia.

La idea de la independencia política no estuvo, ciertamente, en los Comuneros como sí se encontró palpitante varios años más tarde en las inteligencias de Antonio Nariño y de Camilo Torres. Pero el sentido americanista y patrio de aquel grupo de hombres clamantes forma parte de los antecedentes mayores de la hechura de la República.

Los historiadores han recordado a lo largo de dos siglos el movimiento popular empezado en el Socorro el 16 de marzo, y propagado al momento a las poblaciones de Charalá, Simacota, Mogotes, Oiba y otras muchas aldeas de la Nueva Granada. El ímpetu inicialmente visto en la plaza mayor socorrana fue visible también con prontitud notoria a la sombra de otros árboles campesinos. El grito fundamental fue repartido a la vera de otros campanarios y en presencia de otras verdes montañas.

La conmoción fue unánime.

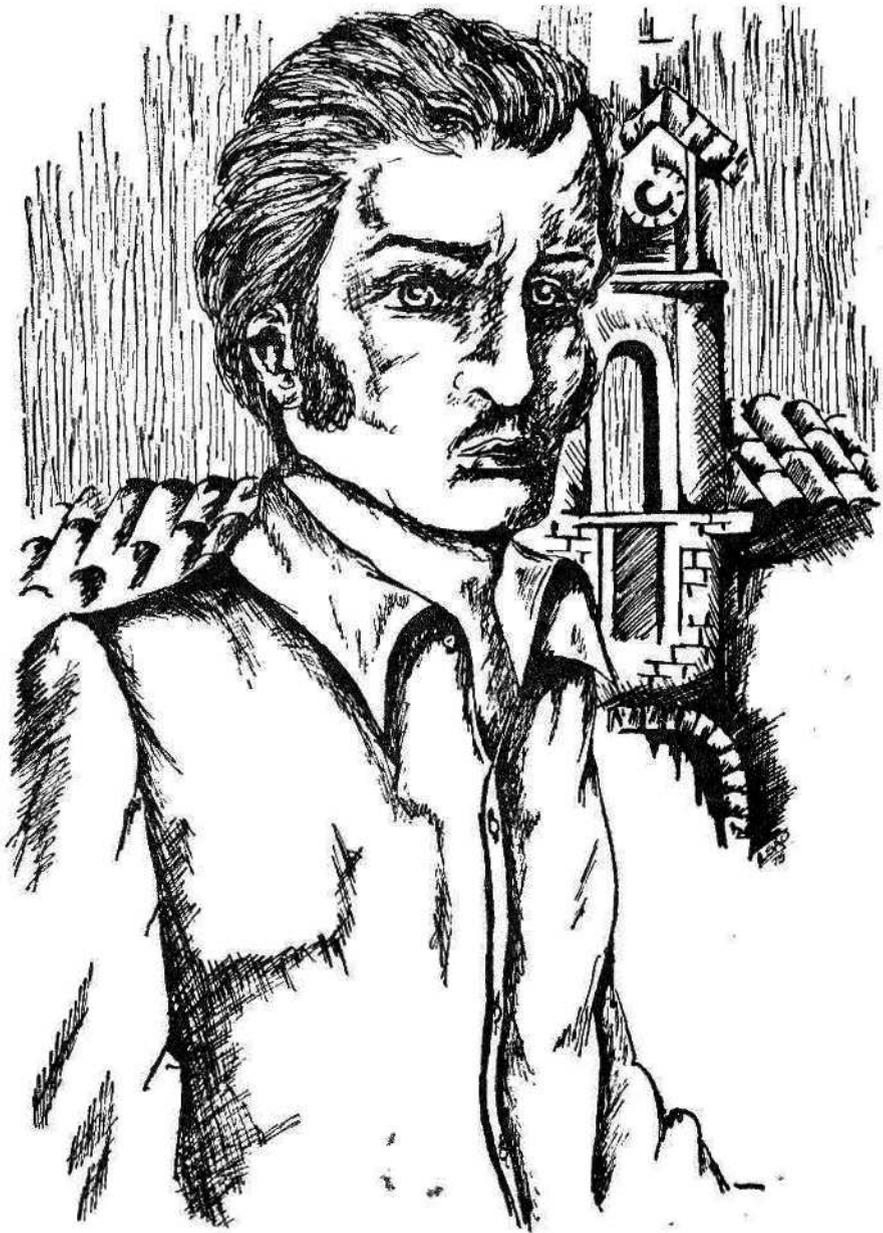
Todo era silencio en la vida colonial de Colombia. Todo era quietud al redor de los golillas y garnachas, de los oidores y capitanes generales. To-

do era sosiego a los lados del palacio de los Virreyes.

No sucedía lo mismo en los ranchos de los labriegos, ya fueran criollos o mestizos. Aunque acostumbrados al sol violento o al hielo paramuno, padecían la pobreza visible en sus harapos y el hambre reflejada en sus rostros morenos. Y por grande que fuera su resistencia física, no dejaban de mostrar en sus cuerpos escuálidos la suma de privaciones propias de su condición dura.

Las afirmaciones anteriores acerca de la ínfima situación de los hombres del pueblo hace doscientos años, se fundan en documentos respetables y en testimonios sólidos procedentes de aquella época. Nuestros conceptos no se afirman en cimientos endeblés y quebradizos. La unanimidad del movimiento comunero se explica sobrada y altamente, al tener en cuenta el desamparo de los aldeanos rudos, de los estancieros sin pan suficiente y de los hijos sin esperanza.

Así como el 20 de julio de 1810 la escena del famoso florero puso de bulto el descontento de los criollos más cultos y de los entendimientos más ilustrados, el 16 de marzo de 1781 se reveló a las miradas de todo el país la ruindad y estrechez de la parte más numerosa del orbe colombiano. Cada labrador desde su habitación pajiza se dió cuenta de que millares de seres semejantes a él soportaban calamidades idénticas. Y cada siervo humilde advirtió en los semblantes de



sus vecinos y allegados, iguales pesadumbres a las suyas sin redención.

Fueron perseguidas las industrias Sencillas.

Facilísimo es comprender todas estas cosas si se observan sin prevención las circunstancias de aquel tiempo.

El movimiento comunero se presentó en una aldea laboriosa, no en un lugar ocioso y cortesano. Todo el que allí trabajaba en el campo o en el telar, veía cómo su esfuerzo valía poco y cómo su inquietud aumentaba cada día. El pan resultaba cada vez más escaso y la miseria cada vez más amplia y congojosa. En los mercados rurales era perceptible la descompensación entre lo producido por la tierra o por el brazo, y el resultado económico traducido en onzas invisibles y en cuartillos desmoronados.

Un enviado español, desconocedor del medio en que debía imponer condiciones fiscales aún más duras que las tradicionales, trató de señalarse con vehemencia y de erigirse con tiranía. Así lo dicen los papeles autorizados que determinan nuestro relato y nuestro juicio. Don Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres no quiso o no pudo entender el ambiente de las horas de 1781, el mérito cotidiano de los industriosos tejedores, el sentido profundo de su pobreza y de su humillación permanentes.

En las ciudades mayores de Colombia vivían con abundancia relativa y no

absoluta algunas familias españolas o criollas. Sobre estas hubiera pesado mucho menos la mano fosca del Visitador. Había oro en sus arcones y riqueza creciente de trigo en sus dilatadas sementeras.

Han sido fieles los historiadores al narrar cómo una campesina llamada Manuela Beltrán alborotó a compradores y vendedores en la plaza principal del Socorro, a fin de que protestaran con ella por el comportamiento injusto de los representantes del Rey de España hacia los súbditos de entonces. Los numerosos libros escritos por aquellos investigadores han manifestado todas las peticiones presentadas en Zipaquirá a los delegados de la autoridad virreinal. Todos sabemos bien el desamparo en que dejaron los ministros reales a quienes se atrevieron a pedir justicia y a suscribir reclamaciones.

La verdadera importancia de los Comuneros.

Hace cerca de doscientos años toda la atención de las gentes colombianas se orientó hacia las ideas económicas comuneras. Los renglones tocantes a la sal y al tabaco, a las alcabalas y al crecimiento de los gravámenes soporados por el común de los habitantes de la Nueva Granada recibieron la mirada preferente de las inteligencias reflexivas. Hoy no.

Cuando los Comuneros pidieron en Zipaquirá los primeros puestos en el



gobierno, para que este fuera ejercido por quienes eran americanos y no por españoles, se presentaron como heraldos de la venidera República. Toda la jerarquía gubernamental española habría de ser reemplazada por una jerarquía de criollos doctos, ilustrados, benévolo y conocedores absolutos de la tierra colombiana. Veintinueve años después de 1781 los fundadores de la Nación realizaron el anhelo de los Comuneros patriotas.

Hay también una manera nueva de juzgar a tan diligentes precursores. No todos ellos fueron la plebe sin educación y sin horizontes intelectuales. No todos fueron el motín y el clamor que

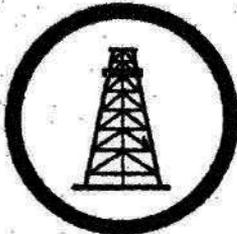
busca un momentáneo remedio para las necesidades de cada día. No todos pretendieron medir su propia insurrección con la vara usada para las mercaderías. Muchos de ellos pidieron cosas superiores a la entidad de los tributos, porque fueron personas de buen linaje, de cuna predilecta, de dignidad reconocida. Muchos habían adquirido la noción de la personalidad nacional, a pesar de la preponderancia realista española en todos los órdenes de la vida.

Al pedir el Gobierno para los hombres nacidos en América, los insurrectos de hace dos siglos escribieron el primer renglón del Acta de Independencia de Colombia.

TEXAS PETROLEUM COMPANY

TEXACO

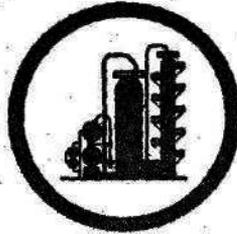
Contribuye desde 1926 al desarrollo de la economía nacional, mediante la vinculación de capital en trabajos de:



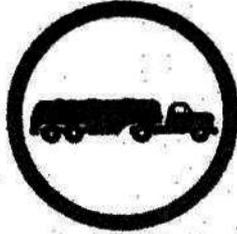
EXPLORACION



EXPLORACION



REFINACION



TRANSPORTE

